

Benicarló



Año V - Núm. 53

ACTUAL

Octubre 1975

EDITORIAL

LA AGRICULTURA

La agricultura es una fuente de riqueza importantísima. La agricultura progresa, obedece a los principios de la ciencia aplicada, en este caso orientada a una mejor racional y más rentable producción.

Y requiere esfuerzos en la investigación, en la enseñanza a todo nivel. En el nuestro, al pragmático de realizaciones inmediatas. De aquí se deduce, fácilmente, la necesidad que tenemos de los servicios de Extensión Agraria y la Formación Profesional Agrícola.

Este orden de enseñanza tiene evidentemente una conexión racional entre el padre que recibe orientaciones y directrices sobre la problemática en sus aspectos concretos de cultivo y la formación de una manera general científico-práctica que recibe su hijo. Al propio tiempo la formación humanística, idiomas, ciencias sociales, etc., para que se logre la formación integral a que aspira la actual pedagogía.

Nosotros diríamos que la de siempre.

Es preciso que insistamos, cuantas veces sean precisas, en la necesidad de que la Formación Profesional de los agricultores alcance cada día niveles más ambiciosos.

Se ha hablado mucho y se seguirá hablando de que el nivel de vida del trabajador agrícola es inferior al del industrial o de servicios.

La realidad es que no es el mismo.

Naturalmente, el desfase obedece a múltiples causas. Nosotros creemos que bien se pudieran aglutinar en conjunto bien definido: las dificultades que se derivan de su propia industrialización. Por la índole del trabajo, por su ubicación y por las razones intrínsecas que derivan de su régimen de producción, el progreso de industrialización adquiere facetas y dificultades que imposibilitan una realización que en otros órdenes no existen. Pues bien, todo cuanto se haga para la industrialización del campo será conducente a un equilibrio en los niveles socio-económicos.

Aparte los condicionamientos sociológicos y materiales que pueden determinar una creciente industrialización de la agricultura, existe un factor primordial, principal: el agricultor, el hombre.

Su formación, siguiendo el silogismo: la industrialización de la agricultura conlleva la reforma de la empresa agrícola y ésta tiene su arranque en la capacitación de quien ha de dirigirla. Luego hemos de formar hombres capacitados para que a todos los niveles hagan posible, con su esfuerzo, este mejoramiento de la vida de nuestro agro.

Quando el hombre se siente capacitado, pleno de facultades, acude a la lucha con moral de victoria.

En el orden humano, la historia nos enseña y la sociología confirma que el hombre —considerado en su conjunto como ente laboral— sólo se redime a sí mismo. Sólo por el esfuerzo que realicen los labradores de Benicarló podrán alcanzar éstos las metas de mejoramiento social que se traducen de antemano.

Y que conste que el no considerar el aspecto económico es cosa de olvido. Los labradores, los hombres dedicados a la producción agrícola, podrán nadar en la abundancia, pero la sociedad va a medirlos por otros índices.

Ahora bien, dicen algunos que la cultura va a alejar a los mejores cerebros. Aún admitiéndolo, siempre podremos tener la ventaja de que no van a ser todos los que se nos vayan. Y cabría preguntarnos si esos hombres, los mejor dotados, se van porque la agricultura —en su más amplio sentido— no ha sabido crearle los atractivos necesarios e imprescindibles.

De ahí nuestra afirmación y nuestro elogio al servicio de Extensión Agraria. Índice en el padre por cuanto mentaliza y prepara de manera inmediata al adulto y al joven le da la formación creando unos valores permanentes que le vinculan.

Hemos de hacer salir del círculo vicioso al labrador cuando actúa no del todo socialmente integrado, al considerarse como marginado o infravalorado en la sociedad en que vive.

Hemos de superar el aspecto peyorativo que pueda tener al autojuzgarse para convertir su actividad en título de honor.

Y para ello no hay más que un camino: cultura.

Afortunadamente ya pasó el tiempo en que su trabajo se convertía en tarea de sol a sol. Aquello es agua pasada que mezclada con lágrimas el tiempo secó.

Se impone que nuestros labradores integren a sus hijos en esa actividad que puede ser atractiva, considerada y rentable.

Y para ello, ya sabemos el camino.

Al adulto le es precisa la educación permanente.

Al joven, la capacitación técnica y la apertura de horizontes más elevados y ambiciosos.

* * *

Tal vez volvamos sobre el tema.

La audiencia es grande.

Y su interés...

Belicimos centenarios

(Recuerdos sobre hechos bélicos de la segunda guerra carlista)

Benicarló, en la época de la segunda guerra carlista (1872-1876), ahora más o menos hace cien años, se encontraba entre su vecindario un importante núcleo de defensores de la realeza de D. Carlos de Borbón Austria-Este (el cual ha pasado a la posteridad como Carlos VII). Entre ellos figuraba el benicarlano apellidado Tormo, cuyo hijo Miguel Tormo Alberich, vecindado en Cáliz (por su matrimonio con doña Elia Comes), estaba considerado como uno de los más destacados y del que guardo sus documentos, libros y archivo, que él me donó, celosamente conservados, ya que reflejan de una forma muy interesante los sucesos de aquel tiempo.

Tres hechos me propongo describirles a Uds., de una forma breve y esquemática. Tres hechos bélicos ocurridos hoy hace cien años. Hechos en los que se derramó sangre española en una guerra fratricida en esta abrupta y atormentada orografía de nuestra provincia castellonense. Orografía integrada por zonas laberínticas, núcleos montañosos autónomos, valles y poblaciones en donde se forjaron caudillos y guerrilleros que, combatiendo bravamente, defendieron con todo celo sus respectivos puntos de vista acerca del patrimonio del solar patrio.

El 16 de marzo de 1875 llegan a Vinaroz el general en jefe gubernamental Sr. Echagüe, con sus subordinados el general Montenegro y el brigadier Sequera y sus fuerzas respectivas, al objeto de perseguir y aniquilar en esta comarca a los carlistas. Estos, el día 17, se hallaban distribuidos del modo siguiente: don Pascual Cucala, mandando cuatro batallones carlistas, en la población de Traiguera; otros dos jefes, Alvarez y el apodado «Pancheta», con un batallón carlista, en Cervera del Maestre, y, por último, el general en jefe carlista, con tres batallones, en San Mateo.

El general gubernamental Echagüe, con sus fuerzas, siguió la ruta desde Vinaroz a Cáliz y, luego, a Cervera, donde ya en dirección a San Mateo se produjeron las primeras escaramuzas con las tropas carlistas, observándose que el punto principal de reunión de los voluntarios carlistas era precisamente el pequeño cerro en el que está situada la ermita de la Virgen de los Angeles (Patrona ésta de San Mateo). Allí se entabló la batalla y las tropas gubernamentales avanzaron resueltamente y rápidamente desalojaron a los carlistas, obteniendo la victoria.

El general gubernamental Montenegro tenía, en aquellas fechas, situado su cuartel general en la antiqusísima y señorial masía llamada «Torre del Colomer», que estaba ubicada entre San Mateo y Chert. Precisamente el día de San Pedro del año de 1875, dicho general, con sus tropas, atacaron y comenzaron el cerco de la villa de Chert, defendida por los carlistas y capitaneados éstos por Alvarez, Vizcarro, Cucala (hijo) y el apodado «Pancheta».

El general Montenegro atacó decididamente primero por el ala derecha de sus tropas, cuya vanguardia estaba mandada por el brigadier Cassola y formada por el batallón llamado de «Figueras». Siguió un ataque por el frente, cuyas tropas estaban mandadas por el brigadier Morales Reina y, por último, realizó un ataque envolvente por el ala izquierda con efectivos mandados por el coronel Sánchez, compuestos por dos compañías del Regimiento de Baeza y cuatro compañías del regi-

miento de Albuera. Con este ataque lograron dispersar a las tropas carlistas, que huyeron en dirección hacia el barranco de Vallibona (considerado sangriento por tal acción) y, luego, al pueblo del mismo nombre, en donde exigieron a su alcalde raciones y alojamientos.

Cortado de tal forma el avance del Carlismo en su ruta hacia Morella y Alcañiz, las tropas gubernamentales antes mencionadas se dedicaron a la protección y conducción de los convoyes de racionamiento y municiones para abastecer al ejército del Gobierno, que por entonces sitiaba a Cantavieja, último reducto carlista en la Región Centro. (Nota: En realidad el último reducto de esta segunda guerra carlista fue el del Collado de Alpuente, aldea cerca de Chelva, que el general Salamanca conquistó, al amanecer, el día 19 de julio de 1875.)

En la acción de Chert, que antes hemos relatado, y durante la retirada de las fuerzas carlistas, se ocultó en una cueva de la denominada «masía de Bel», el comandante carlista que mandaba las fuerzas de la población citada y natural de Cáliz, llamado don Francisco Valls (alias el «Moreno de Naque»), hombre de confianza del Carlismo y cuya misión era el reclutamiento de leales a su causa, trabajos de intendente e incluso hizo el espía en más de una ocasión. De él y de su vida tan azarosa e interesante trataré en otra ocasión.

El general gubernamental don Joaquín Jovellar y Soler reemplazó al general Echagüe como jefe superior del mando del ejército de la Región Militar del Centro, iniciando inmediatamente su plan de operaciones militares. Para ello efectuó una maniobra de circunvalación de la zona restante que ocupaban los carlistas para apoderarse de sus plazas fuertes. Salíó con sus tropas, a tal objeto, el 11 de junio de 1875, desde Sagunto, llegando el día 15 a Segorbe, el 19 a Lucena y el 25 a Alcora. En dicho día, uno de sus generales (el general Salamanca) ocupó la población de Chelva, considerada como el corazón del Carlismo.

Para la conquista de la posición inexpugnable que constituía la Villa y el castillo de Cantavieja, el general Jovellar salió con sus fuerzas desde Lucena, el día 27 de junio de 1875, llegando el día 29 a Vistabella. En la tarde de dicho día y en el barranco denominado de «Montlleó» (situado éste en dirección a Villafranca del Cid) se entabló una lucha encarnizada, logrando la victoria las fuerzas gubernamentales. Terminada la lucha, las fuerzas del Gobierno se dirigieron ya por el camino abierto y sin obstáculo hacia Cantavieja, que ya, sin fuerzas suficientes para ser defendida, capituló el día 6 de julio de 1875.

Son curiosos los detalles de esta capitulación de la última plaza fuerte del Carlismo. Por parte de los carlistas fue firmada por el gobernador militar de la plaza, el brigadier carlista don José García Albarrán, y por la parte del Gobierno firmaron los generales don Joaquín Jovellar y Soler y don Arsenio Martínez Campos, este último jefe del ejército de Cataluña.

También, y como otro dato curioso para la posteridad, merece recordar que el oficial carlista que defendió con heroísmo la llamada «Puerta de la Fuente» de la plaza de Cantavieja se llamaba don Remigio Bengoechea Boix, natural de Canet lo Roig y que luego, por su profesión, fue farmacéutico titular de esta Villa citada y abuelo paterno de la esposa de quien esto escribe.

JUAN DE LA FIGUERA
BERTRAN

EL PEQUEÑO CUENTO DEL MES

El millonario

De pronto, se le había ocurrido la idea. Era una buena idea. A su edad, el dinero carecía de importancia. Con los años, las ilusiones van cambiando. Todo aquello que antes constituía la meta de sus deseos, hoy no le decía nada absolutamente. Ni viajes, ni mujeres, ni siquiera las buenas comidas le llamaban la atención. Y un día, de repente, pensó que el dinero para él podía no tener ya importancia, pero sí que podía hacer felices a los demás. Y él disfrutaría haciéndolos felices. Lo había visto en una película, o lo había leído en alguna parte. Le sedujo la idea.

Se dedicó a observar a su alrededor. Tenía que dar con las personas adecuadas y hacer la selección, no sería empresa fácil.

Se trataba de encontrar a alguien merecedor de mejor suerte en la vida, y, generosamente, regalarle de forma anónima, un millón. Un millón de pesetas, para cambiar el curso de una vida.

La primera persona elegida fue Marujita. Ella le hizo pensar en lo fácil que podría ser cambiar un destino. Era dependiente de unos almacenes. Muy guapa, jovencita, llena de ambiciones y descontenta con su suerte. Vestida con trajecitos de confección casera que no hacían resaltar sus dotes naturales, se comparaba con las señoritas que salían de sus casas, tan elegantes, tan compuestas, que tomaban el aperitivo en compañía de chicos tan elegantes como ellas, a la hora en que, cansada por su trabajo, regresaba a casa. Si hubiera sido una de ellas, envuelta en ropas procedentes de las mejores «boutiques», enojada y perfumada como ellas, de otra forma la trataría Javier.

Javier la tenía loquita. Era estudiante de medicina y sólo buscaba en ella un «ligue» temporal, más o menos duradero, que le ayudase a pasar los buenos y malos ratos de su vida de estudiante. A la hora de formar un hogar escogería a una «de las otras». Y ella tendría que aceptar las proposiciones de un compañero, sencillo y pobre como ella, sin brillar jamás en una sociedad que, por méritos propios, creía merecer.

Y un día surgió D. Pepito. Rico, viejo, vicioso y encaprichado de Marujita. La asedió, le ofreció obsequios, le prometió muchos más.

Ella se mantenía al borde del precipicio, indecisa, pero pronta a sucumbir. Con un millón, Marujita sería la esposa de un médico. Sin él, llegaría a ser la amiguita de un don Pepito cualquiera, cargado de años y dinero...

Otro que le caía muy bien era Andrés. Buen muchacho, trabajador, honrado y, sobre todo, muy buen hijo. Con su trabajo, ayudaba a la madre, sola y anciana. Pero su sueño habría sido llegar a ser pintor. Cada domingo, cargado con el caballete y las pinturas, salía al campo a pintar. A él, personalmente, no le gustaban aquellas cosas tan raras que pintaba. Pero todos decían que ahora se hacía así. Sólo era preciso darse a conocer, estudiar en el extranjero. Y entonces todos peleaban por conseguir las extravagantes pinturas, al precio que fuera. Sí, con un millón caído del cielo, Andrés podría irse a estudiar pintura a Francia, o Italia, o América y volver convertido en un genio.

Y también estaba Manolo. Un accidente le cortó las dos piernas. Se había transformado en un guñapo humano. Desesperado. Casi siempre borracho. Llevado de acá para allá a empujones, dentro de un vetusto sillón de inválidos que le habían regalado en la Beneficencia, a capricho de algún chiquillo de la numerosa caterva que pululaba por sus barrios. Vendía cupones. Deseaba morir, sintiéndose un estorbo para todos. No comprendía el porqué la fatalidad le había arrancado las piernas dejándole la vida. Con dinero, podría comprarse unas modernas piernas ortopédicas que le volverían a convertir en un hombre.

Y Marta, la viuda. Limpia y trabajadora como la que más. ¡Pero con tantos hijos pequeños y una pensión tan exigua! También ella, si dispusiera de capital, podría montar un negocio, un pequeño restaurante económico, y sacar adelante, con honradez y holgura, a su numerosa prole.

Y tantos más. El mundo estaba lleno de personas dignas de su ayuda. La lista se hacía interminable.

Entretenido en estos pensamientos, el viejo vagabundo, harapos y desastrado, sonreía gozoso y con renovado ardor, púsose a completar la quiniela que sostenía entre las mugrientas manos: ¡Algún día llegaría a cabo su sueño!

TERRENO, EN AIGUALIVA, EN VENTA

Dimensión: 16.380 m.²

Razón: Calle Carmen, 4

BENICARLO